

—¿ Y bien, qué?

—¿ Quiere usted dejarme que vuelva á tomar ahora el cubo?

—¿ Por qué?

—Es que si la señora ve que me le han traído, me pegará.

El hombre la entregó el cubo. Un instante despues se hallaban á la puerta del bodegon.

## VIII

DISGUSTO DE RECIBIR EN SU CASA Á UN POBRE QUE  
TAL VEZ ES UN RICO

Coseta no pudo ménos de lanzar una mirada de lado á la grande muñeca que estaba siempre de manifesto en la tienda de juguetes, y despues llamó á la puerta. Abrieron en seguida, y apareció la Thénardier con una vela de sebo en la mano.

—¡ Ah eres tú, bribonzuela! Gracias á Dios! pues no ha estado por allá tiempo, qué digamos! habrá estado jugando, la tunanta!

— Señora, dijo Coseta temblando de piés á cabeza, aquí está un señor que viene á alojarse en casa.

La Thénardier reemplazó bien pronto su semblante áspero y regañon por un gesto de amable sonrisa, cambio á la vista tan propio de los posaderos, y se puso á buscar ávidamente con los ojos al recién llegado.

— ¿Es el señor? dijo.

— Sí, señora, respondió el hombre, llevando la mano al sombrero.

Los viajeros ricos no suelen ser tan corteses. Esta acción y el aspecto del traje y del equipaje del forastero, á quien la Thénardier pasó en revista de una sola ojeada, hicieron desaparecer muy pronto el gesto amable y reaparecer el desagradable, diciendo secamente:

— Entre usted, buen hombre.

El « buen hombre » entró. La Thénardier le dirigió una segunda ojeada, examinó con especial curiosidad su levita, que estaba completamente raída, y su sombrero, bastante maltratado, y con un meneo de cabeza, un fruncimiento de nariz y una guiñada, consultó á su marido, el cual estaba aún bebiendo con los carreteros. El marido contestó por medio de esa imperceptible agitación del índice que, acompañada de la correspondiente contracción de labios, significa en tales casos: Nada hay que hacer con eso. Volviéndose entonces la Thénardier hácia el recién venido, le dijo:

— Lo siento mucho, buen hombre, pero es el caso que no tengo dónde colocarle á usted.

— Póngame usted en cualquiera parte, dónde usted quiera, dijo el hombre, en el granero, en la caballeriza. Yo pagaré como si estuviera en un cuarto.

— Cuarenta sueldos.

— Cuarenta sueldos. Está bien.

— Convenido.

— ¡ Cuarenta sueldos! dijo un carretero en voz baja á la Thénardier, pero si no son más que veinte sueldos.

— Son cuarenta sueldos para él, replicó en el mismo tono la mesonera, yo no recibo pobres en mi casa por ménos que eso.

— Es verdad, añadió el marido con dulzura, se echan á perder las casas admitiendo esa clase de gentes.

Entre tanto el hombre, despues de haber dejado sobre un banco su paquete y su baston, se habia sentado á una mesa en donde Coseta se habia apresurado á colocar una botella de vino y un vaso. El marchante que habia pedido el cubo de agua, fué él mismo á llevárselo á su caballo. Coseta se volvió á instalar en su puesto debajo de la mesa de la cocina y se puso á hacer média.

El hombre, que apenas habia humedecido sus labios en el vaso de vino que habia llenado, consideraba á la niña con una atencion extraña.

Coseta estaba fea. En una vida dichosa, tal vez habria sido ella bonita. Ya hemos bosquejado aquella sombría y diminuta figura. Coseta era delgada y pálida, tenía cerca de ocho años, y apenas la habrian dado seis. Sus grandes ojos, hundidos en una especie de sombra, se hallaban casi apagados á fuerza de haber llorado mucho. Su boca presentaba esa curva que indica la agonía habitual, y que observamos en los condenados á muerte y en los enfermos sin esperanza de vida. Sus manos se hallaban, como su madre lo habia adivinado, « perdidas de sabañones. » La luz del hogar que la alumbraba en este momento hacía resaltar lo anguloso de sus huesos, dando á su extenuacion el más triste aspecto. Como siempre estaba tiritando, habia contraido el hábito de estrechar sus rodillas una contra otra. Todo su traje era un verdadero arambel que habria dado compasion en verano y que causaba horror en el invierno. No llevaba encima sino trapos de percal agujereados, ni siquiera un harapo de lana. Vefansela las carnes acá y allá, distinguiéndose en diferentes puntos ciertas manchas azules ó negras: eran los cardenales que indicaban los sitios donde la habia tocado la Thénardier. Sus piernas desnudas estaban muflacas y encarnadas. La cavidad de las clavículas daba compasion. Toda la persona de esta niña, su actitud, su

manera de andar, el metal de su voz, sus intervalos entre una y otra palabra, su mirada, su silencio, su menor gesto, expresaban y traducían una sola idea: el temor.

El temor estaba esparcido en toda ella, hallándose, por decirlo así, cubierta de él; el temor la hacía estrechar sus codos contra las caderas, esconder sus talones bajo la falda, ocupar el menor espacio posible; no la dejaba más aliento que el necesario, y había venido á ser para ella lo que podría llamarse el hábito de todo su cuerpo, sin otra variación posible que el aumento. En el fondo de su pupila, distinguíase un punto asombrado donde estaba pintado el terror. Tan grande era este temor, que al llegar, toda mojada como se encontraba, Coseta no se había atrevido á ir á enjugarse la ropa á la lumbre y se volvió silenciosamente á continuar su trabajo. La expresión de la mirada de aquella niña de ocho años era habitualmente tan triste y á veces tan trágica, que en ciertos momentos parecía dar señales de convertirse en idiota ó en demonio.

Como ya hemos dicho, no había sabido ella nunca lo que era rezar ni orar, jamás había puesto los pies en la iglesia. — ¿Por ventura tengo yo tiempo para esas cosas? decía la Thénardier.

El hombre de la levita amarillenta no apartaba sus ojos de Coseta.

De improviso exclamó la Thénardier:

— ¡Á propósito! ¿pues y ese pan?

Coseta, siguiendo la costumbre que tenía cada vez que la bodegonera levantaba la voz, salió corriendo de debajo de la mesa.

Había olvidado completamente el encargo del pan, y recurrió al expediente ordinario de todos los niños asustados: Mintió.

— Señora, estaba cerrada la panadería.

— ¿Y por qué no llamaste?

— Llame, señora.

— ¿Y bien?

— No abrieron.

— Mañana sabré yo si eso se verdad, dijo la Thénardier, y si me mientes, ya la vas á tener buena. Entre tanto, devuélvemelos quince sueldos.

Coseta metió la mano en el bolsillo de su delantal, y se puso verde: los quince sueldos no estaban allí ya.

— ¡Vamos, pronto! dijo la mesonera, ¿es que no me has oído?

Coseta volvió su bolsillo del revés; nada contenía. ¿Qué habría podido ser de este dinero? La infeliz criatura no encontró ni una sola palabra que responder; quedó petrificada.

— ¿Es que has perdido los quince sueldos? dijo con voz bronca y furiosa la bodegonera, ¿ó bien, me los quieres robar?

Y al mismo tiempo alargó el brazo hácia las disciplinas que estaban colgadas en el rincón de la chimenea.

Este ademán temeroso infundió á Coseta fuerzas para gritar:

— ¡Gracia! señora, perdóneme usted, ¡señora! ya no volveré á hacerlo.

La Thénardier descolgó las correas.

Entre tanto, el hombre de la levita amarilla había metido la mano en el bolsillo de su chaleco, sin que nadie hubiera notado este movimiento. Por lo demás, los otros viajeros bebían ó jugaban á los naipes y no prestaban atención á nada de lo que sucedía en la misma pieza.

Coseta se hacía un ovillo, con la mayor angustia, en el rincón de la chimenea, tratando de recoger allí y esconder sus pobres miembros medio desnudos. La Thénardier levantó el brazo.

— Dispense usted, señora, dijo á esta sazón el hombre,

pero hace un instante he visto una cosa que caía del bolsillo del delantal de esa niña, y que ha ido rodando hacia allá. Tal vez es eso.

Y al mismo tiempo se bajó un instante, pareciendo que buscaba algo por el suelo.

— Justamente, aquí está, añadió levantándose.

Y entregó una moneda de plata á la mesonera.

— Sí, esto es, dijo ella.

No era aquello, puesto que lo que recibía era una moneda de veinte sueldos, pero la Thénardier encontraba en ello beneficio, y se conformó. Se metió la moneda en el bolsillo, limitándose ya solamente á lanzar una mirada feroz á la cuitada niña diciendo: — ¡En todo caso, cuidado que no te vuelva á suceder jamas cosa igual!

Coseta se volvió á entrar en lo que la Thénardier llamaba « su nicho, » y sus grandes ojos, fijos en el desconocido viajero, comenzaron á adquirir una expresion que no habian tenido nunca. Todavía no era aquello sino una candorosa admiracion, pero mezclada ya con una especie de confianza estupefacta.

— ¿Á propósito, y usted quiere cenar? preguntó la Thénardier al nuevo huésped.

Él no respondió. Parecía cavilar profundamente.

— ¿Qué especie de hombre es este? dijo ella entre dientes. Debe ser algun pobre diablo. No tendrá un sueldo para cenar: ¿Es que me pagará siquiera el alojamiento? Con todo, no ha sido poca suerte que no le ocurriera la idea de robar la plata que vió rodar por el suelo.

Á este tiempo se abrió una puerta, y entraron Eponina y Azelma.

Eran realmete dos hermosas niñas, con aspecto más bien de la clase média que de las clases trabajadoras, muy lindas; la una con sus trenzas color de castaña bien relucientes, la otra con sus largos cabellos negros caídos sobre la es-

palda; ambas vivas y alegres, limpias, gruesas, irresacas y robustas, que daba gozo el verlas. Hallábanse vestidas con bastante abrigo, pero con tal arte maternal, que en nada perjudicaba el espesor de las telas á la compostura y á la coquetería del talle. El invierno estaba previsto sin olvidar ni horrar la primavera. Aquellas dos niñas derramaban luz. Además, parecían allí verdaderas reinas. En sus trajes, en su alegría, en el ruido que formaban, habia rasgos de soberanía. Cuando entraron, la Thénardier las dijo en tono enfadoso, pero lleno de adoracion: — ¡Ah! ¡ya estáis aquí, vosotras!

En seguida, atrayéndolas y sentándolas sobre sus rodillas, una en pos de otra, atusando sus cabellos, atando sus cintas, y soltándolas despues con esa dulce manera de sacudir que es propia de las madres, dijo: — ¡Qué mal pergeñadas!

Desde allí fueron á sentarse en el rincon al lado de la lumbre. Llevaban consigo una muñeca á la cual daban mil y mil vueltas sobre sus rodillas, con toda especie de alegre y festivo gorjeo. De vez en cuando, Coseta levantaba los ojos de su média y las miraba jugar con el semblante más lúgubre.

Eponina y Azelma no miraban á Coseta. Para ellas era lo mismo que el perro del bodegon. Aquellas tres niñas reunidas no contaban veinte y cuatro años, y ya representaban ellas toda la sociedad humana; por un lado la envidia, por otro el desden.

La muñeca de las hermanas Thénardier estaba muy ajada, muy vieja y enteramente rota; mas no por eso parecia ella ménos admirable á Coseta, que no habia tenido en toda su vida una muñeca, una verdadera muñeca, para servirnos de una expresion que comprenderán todos los niños.

De improviso, la Thénardier, que continuaba yendo y viniendo por la sala, notó que Coseta tenia sus distrac-

ciones, y que, en vez de trabajar, se ocupaba de las niñas que estaban jugando en frente de ella.

— ¡ Ah! ¡ ya te he cogido! la gritó. ¡ Así es como tú trabajas! Yo te haré trabajar á latigazos.

El forastero, sin abandonar su silla, se volvió hácia la Thénardier :

— Señora, dijo sonriendo y en un tono tímido, casi medroso, ¡ vaya! ¡ déjela usted distraerse!

De parte de cualquiera otro viajero que hubiese comido un pedazo de pierna de carnero y bebido un par de botellas de vino en su cena, y que no hubiera tenido las trazas de un *pobreton*, semejante deseo habria sido una orden. Pero que un hombre que llevaba aquel sombrero se permitiese manifestar un deseo, que un hombre que tenía tal levita osara mostrar una voluntad, es lo que la Thénardier creyó que no debía tolerar. Por eso le replicó al instante con desenfado :

— Es preciso que trabaje, para eso come. Yo nó la mantengo para que se esté sin hacer nada.

— ¿ Pero qué es lo que hace? repuso el viajero con aquella voz suave que contrastaba de una manera tan extraña con su traje de mendigo y con sus hombros de sportillero.

La Thénardier se dignó responderle :

— Hace média, si usted no lo lleva á mal. Médias para mis niñas, que no tienen, ó poco ménos; pues pronto estarán descalzas.

El hombre miró los pobres piés encarnados de Coseta, y prosiguió :

— ¿ Cuándo habrá acabado ese par de médias?

— Todavía tiene, á lo ménos, para tres ó cuatro dias largos, la muy holgazana.

— ¿ Y cuánto puede valer el par de médias una vez concluido?

La Thénardier le lanzó una mirada de desprecio.

— Lo ménos, franco y medio.

— ¿ Le daría usted por cinco francos? añadió el hombre.

— ¡ Pardiez! gritó con una risotada un carretero que lo escuchaba todo, ¿ cinco francos? ¡ Cáspita! ¡ ya lo creo! ¡ cinco balas!

El Thénardier creyó llegado el momento en que debía él tomar la palabra, y dijo :

— Sí, señor, si tal es el gusto de usted, se le daré ese par de médias por cinco francos. Nosotros no sabemos rehusar nada á los viajeros.

— Sería menester pagar en seguida, añadió la Thénardier con su estilo breve y perentorio.

— Yo compro ese par de médias, repuso el hombre, y añadió sacando de su bolsillo una moneda de cinco francos que puso sobre la mesa, — le pago.

Después se volvió hácia Coseta y la dijo :

— Ahora, tu labor me pertenece. Juega, niña.

El carretero se deslumbró tanto con la moneda de cinco francos, que abandonando su vaso en la mesa, acudió.

— ¡ Pues es que es verdad! exclamó examinándola. ¡ Una verdadera rueda trasera! ¡ y que no es falsa!

El Thénardier se aproximó y depositó silenciosamente la moneda en su bolsillo.

La Thénardier nada tenía que replicar. Mordióse los labios, y su semblante adquirió una expresion de odio.

Entre tanto Coseta estaba temblando. Por fin se atrevió á preguntar :

— ¿ Señora, es que eso es verdad? ¿ podré jugar?

— ¡ Juega! respondió la Thénardier con una voz terrible.

— Gracias, señora, dijo Coseta.

Y mientras que con su boca significaba su agradecimiento á la Thénardier, con toda su alma se mostraba reconocida al viajero.

El Thénardier había vuelto á sentarse á beber. Su mujer se acercó á él y le dijo al oído :

— ¿Qué significará este hombre amarillo?

— Yo he conocido millonarios, contestó soberanamente Thénardier, que llevaban levitas como esa.

Coseta había dejado la media, pero no había salido de su nicho. Tenía la costumbre de moverse lo ménos posible. Había tomado en una caja que estaba detras de ella algunos trapos viejos y su sablecito de plomo.

Eponina y Azelma no prestaban ninguna atención á lo que sucedía. Acababan de ejecutar una operacion muy importante. Habíanse apoderado del gato, abandonando la muñeca en el suelo ; y Eponina, que era la mayor, envolvía al animal, á pesar de sus maullidos y de sus contorsiones, con una multitud de trapos azules y encarnados. Al mismo tiempo que hacía aquel grave y difícil trabajo, decía á su hermana con ese dulce y adorable lenguaje de los niños, cuya gracia, semejante al esplendor del ala de la mariposa, se va cuando se la quiere fijar :

— ¿Ves, hermanita? esta muñeca divierte más que la otra. Se mueve, grita, y está caliente. ¿Ves, hermana? vamos á jugar con el gatito. Él será mi hija. Yo seré una señora. Vendré á visitarte, y tú la mirarás. Poquito á poco, tú verás sus bigotes, sus orejas y verás su cola, y te quedarás admirada. Me dirás : ¡ Ay, Jesus! y yo te diré : Sí, señora, es una niña que tengo, como usted ve. Las niñas son ahora así.

Azelma escuchaba á Eponina con admiracion.

Entre tanto, los bebedores se habían puesto á cantar una cancion obscena, riendo á carcajadas y haciendo temblar el techo con su algazara. Thénardier los animaba y los acompañaba.

Á la manera que los pájaros hacen de todo un nido, así los niños fabrican con cualquiera cosa una muñeca. Mientras que Eponina y Azelma fajaban el gato, Coseta á su vez

había envuelto y fajado su sable. Hecho esto, le había acostado en sus brazos, y cantaba quedito para dormirle.

La muñeca es una de las más imperiosas necesidades, y al mismo tiempo, uno de los más bellos instintos de la infancia femenina. Cuidar, adornar, vestir, desnudar, vestir de nuevo, enseñar, regañar un poco, mecer, mimar, apocar, adormecer, figurarse que cualquiera cosa es una persona; todo el porvenir de la mujer está en esto. Soñando así y charlando, haciendo ajuares y envolturas diminutas, cosiendo vestiditos, corpiños y jubones de la misma talle, la niña se convierte en muchacha, la muchacha en señorita, y la señorita en mujer, cuyo primer hijo es la continuación de su última muñeca.

Una niña sin muñeca es casi tan desgraciada y en realidad tan imposible como una mujer sin hijos.

Coseta se había hecho pues su muñeca con el sable.

Por lo que hace á la Thénardier, se había aproximado al *hombre amarillo*. — Tiene razon mi marido, decía ella para su colete, quizás es M. Laffitte. ¡ Hay ricos tan extravagantes!

Fué y se sentó á la mesa del forastero, apoyándose de codos en ella.

— Caballero..., dijo la mesonera.

Al oír esta palabra, *caballero*, el hombre levantó la cabeza. La Thénardier no le había aún llamado hasta entónces sino *pobre hombre* ó *buen hombre*.

— Ya ve usted, caballero, prosiguió ella, tomando su tono meloso y dulzarron que era aún más desagradable que su ademan feroz, yo quiero que la niña juegue, no me opongo á ello; pero eso es bueno para una vez, porque usted es generoso. ¿Ve usted? esa chica no tiene nada. Es preciso que trabaje.

— ¿Conque no es de ustedes esa niña? preguntó el ombre.